



# Carmen Rigalt

Noticia de mi vida

CARMEN RIGALT

# NOTICIA DE MI VIDA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carmen Rigalt Tarragó, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2021  
Depósito legal: B. 7.052-2021  
ISBN: 978-84-08-24231-4  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impresión: CPI Black Print  
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# Índice

Prólogo. Todo será olvidado	11
El padre prior	17
Sin miramientos	23

## PRIMERA PARTE

### EN MI CALLE HABÍA UNA GRANJA

La acacia genealógica	31
Mujeres de ayer	43
El abuelo franchute	49
La abuela <i>geperudeta</i>	53
El matriarcado	59
El misterio de la vida	65
Los años de la leche en polvo	67
Tres veces fugitiva	77
Duelo de difuntos	81
Descubriendo los sabañones	83
Libre bajo las mantas	89
La hija del circo	97
Flirteos místicos	103

La tía falangista	107
Balmes 353	111
Palabras azules	115
Pamplona	119
Mucha jeta para empezar	123
El gato de Terenci	127
Las amigas perdidas	131
Días felices	135
Demasiado jóvenes para sufrir	139
Un pueblo pionero	147
Dormir con los pies tapados	153
Amistades difusas	157
El pecado va en sidecar	161
El castellet de Banyoles	163
El año que vivimos jubilosamente	167
El singular sur	169
Antonio y el <i>procés</i>	173
El ojo de dios	181
La duquesa y el bailarín	183
Ole, ole si me eligen	189

SEGUNDA PARTE  
LA PRENSA DE AYER

El director	193
El vodevil	199
El Clark Kent del diario <i>Pueblo</i>	211
Una gran plataforma	217
La Moleskine	219

Primeriza	223
Cronista de verano	227
Barcelona, 1971	231
Matiné nupcial	233
Baratijas	239
El periódico de los famosos	243
Periodistas de ayer	247
Colón en la escalera	253
La magia del desván y el proyecto de Martín	259
Hijos descalabrados	263
De niños y trenes	269
Bashir	273
Primeras huidas	277
Extrañar a los amigos	281
El espía indiscreto	285
¿Quién fue Deborah Kerr?	289
Adiós, Natalia; adiós, Alfredo	291
La prensa que se extingue	295
La leyenda del Borbó	299
Panamá contra carapiña	301
Ya entonces, los hombres devoraban a las mujeres	311
Rabin, como la Preysler	321
Los jesuitas y «la lambada»	327
Bichos de pesadilla	333
En el reino de Siam	339
En los dominios de Pablo Escobar	347
Expatriados	355
Esperando la vacuna	359
En mi ánimo no amanece	373

## El padre prior

Mi última vida empezó la Nochevieja de 2019, poco antes de que diesen las doce y a mi nieto Martín se le atragantaron las uvas. Era la primera vez que los niños participaban en el ritual de las campanadas y estaban especialmente nerviosos. Antes de cenar, mi nieta Jordana nos hizo una de sus habituales exhibiciones de TikTok, con tan mala suerte que sacó un brazo a pasear y en el trayecto tiró al suelo una licorera de mi madre, ahora hecha añicos. Una licorera de cristal tallado que la abuela Mariana dejó en herencia a mi madre, mi madre me la dejó a mí y yo pensaba donarla a la cuarta generación de la familia, si para entonces lográbamos mantenerla fuera del alcance de los niños.

Esa misma noche yo terminé en el Hospital Puerta de Hierro, doblada por un infarto. Mi corazón se rompía como la licorera. Pero eso ya lo contaré en otro momento si salgo viva del trance. Ahora prefiero continuar con la historia que se abre paso en mi cabeza. Escribiré muchas de las páginas siguientes en riguroso presente, mientras me recupero del

infarto y veo pasar ante mis ojos el estallido de la pandemia. Por si eso fuera poco, también he sufrido un serio revés profesional. Me muerdo la lengua para no darles gusto a quienes se frotan las manos con los infortunios ajenos, pero así es la vida. Yo también disfruto con esos mecanismos de desahogo que son las ínfulas de los tontos. Para empezar, tengo otras prioridades. Como diría Milena (Busquets), «también esto pasará».

Primero fue el infarto. Cuando digerí la Nochevieja y los mil quinientos regalos de Reyes que Baltasar traía en su furgoneta, empezaron a caer las hojas del calendario y nos plantamos en los idus de marzo. Uno de aquellos días recibí la llamada de una secretaria de redacción (me parece que fue Amelia o Elena) que me transmitió un mensaje de Paco Rosell, alias herr director o en su defecto el padre prior, esto último dicho con todos los respetos, por su aspecto de cura blandito. Se trataba de una cita. Precisamente hacía poco que yo le había escrito un *email* comunicándole que mi corazón había descansado suficiente y se acercaba el momento de reincorporarme al trabajo. Para entendernos: el médico me había prescrito tres meses de absoluto descanso, pero habíamos entrado en el tercer mes y yo me encontraba muy bien, así que decidí ponerme las pilas. Además, por mi condición de colaboradora yo no tenía derecho a baja laboral, de manera que todo cuadraba. Así se lo dije al cardiólogo del Puerta de Hierro cuando me dio el alta hospitalaria, prescribió la medicación correspondiente y enumeró las advertencias debidas. Luego añadió: «Serán tres meses de absoluto reposo, usted verá lo que



hace». No quiso oír más. Y añadió: «Yo no doy consejos laborales, sino médicos».

En el correo electrónico que envié a *herr director* le pedía encarecidamente que me relevara de mi cometido en el suplemento *Crónica*, puesto que desde el principio se había comprometido a negociar conmigo un destino en el que estuviéramos de acuerdo los dos. Llevaba más de un año escribiendo una página dedicada al personaje de la semana (siempre que no lo eligieran también en la sección de nacional, internacional, deportes, economía, etc.). Es decir, siempre que estuviera de acuerdo *herr director*, que no lo estaba nunca. Por primera vez en el periódico me negaban la libertad de elegir el personaje y el tema. El propio director me relevó de la contraportada dominical sin avisar siquiera. Fue mi sustituto quien me lo dijo, creyendo que ya había sido avisada por mis superiores. *Herr director* no lo hizo, pero yo se lo eché en cara cuando tuve oportunidad de entrar en su despacho. «Tú elige lo que quieres hacer», dijo deseoso de quitarse de en medio. Pero eso no llegó a ser verdad nunca. *Herr director* me depositó en manos de un subdirector, y este, a su vez, de un redactor jefe. Por suerte no había un jefe de filas, porque me lo habrían puesto.

Reconozco que me molestó el relevo, y no porque tuviera especial apego a esa página, sino porque la estrategia que utilizó para echarme me supo a rayos. Fue el fallecido David Gistau, la persona que estaba destinada a sucederme, quien me comunicó la noticia. Yo no sabía nada del plan de sucesión, y Gistau, por su parte, creía ingenuamente que el padre prior se había ocupado de contármelo por anticipado,

ofreciéndome una alternativa. Pues ni lo uno ni lo otro. Si nos atenemos a las palabras de Rosell, más que un ofrecimiento era una elección que dejaba en mis manos para evitar líos. Es un hombre poco capacitado para mandar. Su especialidad era escabullirse. Imaginé que el contrato suscrito con Gistau sería económicamente muy jugoso, lo cual ponía a Rosell en el compromiso de sacarle partido.

Y así fue. Lo inconcebible fue que el padre prior se desentendió de sus promesas. Luego pasó lo que pasó: el accidente de Gistau y, más tarde, la muerte. No voy a entrar en detalles. Él ya no está con nosotros y su silencio me escuece por dentro. La dedicatoria más sentida la escribió Jabois, que fue compañero en *El Mundo* y es el mejor reportero que te puedes echar a la cara. Hacían buena pareja Jabois y Gistau. Los dos amigos y jóvenes, brillantes, golfos, apasionados por la literatura y el periodismo.

A Gistau (el menos golfo) el trabajo acabó costándole la vida. Firmaba artículos, crónicas deportivas, reportajes, todo. Era un caudal de creatividad. La crónica dominical fue la puntilla.

Cuando lo conocí no llegaba ni a treinta años. Me llamó pidiéndome que le presentara el libro *¿A que no hay huevos?*, junto con Luis María Anson. Un libro entre periodístico y literario, rabiosamente divertido. El asunto era disparatado: los periodistas desplazados a Afganistán formaban un equipo de fútbol que en los ratos libres se enfrentaba a los muyahidines. No me hace mucha gracia presentar libros, pero el de Gistau era tan divertido que no me costó

nada. Además, Luis María Anson correspondió con una presentación tan loca que la gente se lo pasó muy bien.

Me sabe mal meter a Gistau en este embrollo, pero él sabe que fue así. Luego vino el accidente en el gimnasio, boxeando con un profesional, y, a continuación, su inesperada y absurda muerte tras dos meses en coma.

Gistau murió antes de tiempo. Seguramente desde muy joven vivió precipitadamente. Cada vez que nos encontrábamos yo le preguntaba si había vuelto a casarse y él se descojonaba. No me lo inventaba. En su currículum sentimental figuraban varias relaciones. Tenía, además, cuatro hijos. Era un vocacional de la paternidad, un tipo con prisa. Tuvo prisa por casarse, por tener hijos, por ir al Bernabéu, ver cine negro y escribir sin freno. Fue huérfano de padre y en más de una ocasión comentó que tramaba vengarse de su progenitor por los sufrimientos que le ocasionó su temprana muerte.